

## **Populismo y democracia**

[Populism and Democracy](#), By Gianfranco Pasquino, April 2005, The Bologna Center, The Johns Hopkins University

"*Gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo*". La famosa sentencia pronunciada por el presidente Abraham Lincoln en su discurso de 1863 en Gettysburg podría ser fácilmente aceptada por demócratas y populistas por igual. La razón es que la fórmula de Lincoln no sólo es grandiosa, sino también vaga, hecha de palabras importantes a ser llenadas de contenidos igualmente importantes, pero sin especificar. El hecho es que, como dicen la mayoría de los autores (de Canovan 1981 a Mény y Surel 2000 y las referencias bibliográficas), existe una conexión íntima entre democracia y populismo. También hay una tensión inherente, pocas veces bien analizada, entre ambos. La conexión se establece fácilmente ya que tanto la democracia como el populismo se refieren al pueblo y ambos conceptos indican la importancia del pueblo. Aunque, por supuesto, la definición de democracia debe y puede hacerse más rica que una simple referencia etimológica al "poder del pueblo" o, al menos claro, a la "soberanía del pueblo", cuando el pueblo no tiene poder alguno se puede estar seguro de que no hay democracia. De hecho, la famosa frase de Lincoln puede ser interpretada de manera populista, es decir, insistiendo en que cualquier aumento del poder del pueblo es un aumento en la calidad de la democracia. Esto se aproxima a la realidad si se define el poder del pueblo en relación con lo que se consideran los elementos constitutivos más importantes de una situación democrática, a saber, el grado de información y participación de los ciudadanos-votantes, la intensidad y la importancia de la competencia política y la probabilidad de alternancia en el cargo, y la simplicidad y flexibilidad de los mecanismos y estructuras de rendición de cuentas que caracterizan la esfera política. Sin embargo, no sólo los populistas rechazan más o menos enteramente toda estructura de intermediación política entre el pueblo y el líder, sino también su propia definición de pueblo crea problemas analíticos y políticos.

Como se ha observado con frecuencia, hay varias definiciones plausibles de pueblo. La primera definición, contenida en muchas Constituciones, empezando por el preámbulo de la Constitución de los Estados Unidos ("Nosotros, el pueblo de los Estados Unidos...") indica que las personas son los ciudadanos, dotados de derechos y deberes, pero sobre todo con el poder de soberanía que, y éste es un aspecto sumamente significativo, debe ejercerse dentro de los límites y las formas codificadas en la propia constitución. *Esta definición es la única compatible con la democracia*. Por lo tanto, el "pueblo" no es, como suelen concebir los populistas, un pueblo indiferenciado o una masa de individuos. Son ciudadanos, trabajadores, asociaciones, partidos. La segunda definición de pueblo se refiere a la nación. El pueblo no son sólo ciudadanos que tienen los mismos derechos y deberes. Son sobre todo los que tienen la misma sangre y comparten el mismo territorio (*Blut und Boden*), que pertenecen a la misma tradición y comparten la misma historia. La gente es más que demos; son etnias. Esta definición es excluyente y, empujada al extremo, como suele ser deliberadamente hecho por los populistas, termina por no ser compatible con una perspectiva democrática. Finalmente, hay una tercera definición de pueblo. Se basa en una visión de clases de la sociedad. Los sectores populares de una sociedad son el pueblo: los que quedan atrás, que trabajan y se esfuerzan por sobrevivir, los que son explotados por las élites, la clase

dirigente e incluso por organizaciones como los partidos y los sindicatos "oficiales". En esta definición los populistas de derecha (movilizando a los *descamisados*) se encuentran con sus homólogos de izquierda (que movilizan a los *sans culotte*). Por supuesto, las tres definiciones comparten una perspectiva y tienen algo en común. Exactamente por esta razón, la relación entre pueblo y populismo es muy ambigua y hace que la relación entre populismo y democracia sea igualmente ambigua, compleja de aclarar y, potencialmente, perjudicial para la democracia.

Entre las muchas definiciones que se han ofrecido del populismo (para una lista extensa ver Taguieff 2002; esfuerzos anteriores se pueden encontrar en Ionescu y Gellner 1969; en Canovan 1981; y en Taggart 2000), sería difícil encontrar uno que no subraye el poder, el papel, la importancia, la determinación del pueblo. Entonces, la cuestión real se convierte en identificar y especificar las formas y los medios a través de



*Gianfranco Pasquino (Turín, 1942)*

*Entrevista "El populismo de derechas es más peligroso que el populismo de izquierdas, porque el populismo de derechas gana."*

los cuales el pueblo puede, y tendrá éxito en ejercer sus poderes. De hecho, entre la mayoría de los autores hay mucha ambigüedad sobre la relación entre populismo y democracia. La opinión dominante (tal como la interpreta Tarchi 2003) es que los populistas no son necesariamente antidemocráticos; que sus opiniones no son incompatibles con la democracia; que su objetivo no es poner fin a la democracia. Dejando aparte eso, en la práctica, el populismo generalmente floreció en ausencia de democracia o ha desafiado regímenes democráticos existentes débiles, aunque podría ser al contrario. Hay populistas que desafían no sólo los regímenes democráticos "reales", sino la propia esencia de la democracia; que albergan ideas antidemocráticas, por ejemplo, que las elecciones pueden ser, no sólo manipuladas, sino inútiles o, peor aún, no revelar la "verdadera" voluntad del pueblo; que desearían poner fin a la democracia existente porque supuestamente se ha deteriorado y corrompido, con el objetivo, por supuesto, de construir una democracia superior (o sea, "populista"). Teniendo todo esto en cuenta, sólo una investigación empírica en profundidad de la realidad y la ideología de los movimientos populistas puede ofrecer una respuesta satisfactoria a si los populistas están realmente dispuestos a aceptar la democracia, especialmente cuando adquieren poder político, y si, una vez en el poder, lo hacen efectivamente. En su mayoría, si no todos, los casos latinoamericanos convencerían a los analistas de rechazar la afirmación de que los populistas no están desafiando y, al final, se empeñarán en vaciar y destruir cualquier marco democrático que encuentren.

En este documento, quiero, en primer lugar, ofrecer dos definiciones de trabajo de democracia y populismo. Entonces, me gustaría identificar las situaciones en las que surge el desafío populista a las democracias liberales. Por lo tanto, dedicaré cierta atención a las instancias populistas en el sistema político italiano contemporáneo. Por último, me concentraré en las consecuencias de la insurgencia y la existencia de retos y movimientos populistas para el funcionamiento de las democracias contemporáneas. *No me ocuparé específicamente de los líderes populistas sobre todo porque mi*

atención se dirigirá a factores estructurales, sino también porque considero que los líderes populistas son de importancia relativa. En mi opinión, si bien estos líderes pueden ser decisivos en la aparición y el funcionamiento de un movimiento populista, en gran medida son ellos mismos un producto fortuito de los factores estructurales.

## Definiciones

Según muchos autores, democracia es un concepto elusivo. Recientemente, se ha intentado identificar todos los adjetivos utilizados para acompañar y especificar el término democracia (Collier y Levitsky 1997), aunque, con demasiada frecuencia, muchas especificaciones manipulan el concepto y, más o menos deliberadamente, lo distorsionan. Por cierto, "democracia populista" no aparece en la lista proporcionada por Collier y Levitsky. Aunque creo que el concepto de democracia puede mantenerse por sí solo en su larga y reverenciada historia, el adjetivo más frecuentemente usado para acompañar a democracia es sin duda "liberal" (subordinadamente: "constitucional"). No sólo para mis propósitos en este documento, sino sobre todo por su elegancia y parsimonia, aquí voy a aceptar la definición de Schumpeter de la democracia como complementada por adiciones fundamentales de Sartori. Por tanto, considero a un régimen como democrático cuando hay competencia electoral y política periódica entre élites políticas y cuando esta competencia es decidida por los votantes. En una frase muy famosa, y con razón, (Schumpeter 1962, p 269.): "*El método democrático es aquel arreglo institucional para llegar a decisiones políticas en las que hay individuos que adquieren el poder de decidir por medio de una lucha competitiva por el voto del pueblo.*"

Tomando en cuenta la regla de reacciones anticipadas de Carl Friedrich, Sartori ha añadido que "los funcionarios electos que buscan la reelección (en un escenario competitivo) están condicionados, en su decisión, por la anticipación (expectativa) de cómo los electores reaccionarán a lo que decidan. La regla de las reacciones anticipadas [itálicas mías] proporciona así el vínculo entre el input y el output, entre el procedimiento (según lo expresado por Schumpeter) y sus consecuencias" (Sartori, 1987, p.152). Por cierto, la importante consideración de Sartori abre todo el territorio de "rendición de cuentas" (para un buen conjunto de documentos interesantes véase Przeworski, Stokes y Manin, 1999), una cualidad no especialmente cuidada ni prevista en la relación entre los líderes populistas y sus seguidores debido a la falta o rechazo de cualquier mecanismo apropiado e institución que los conecte.

La definición de Schumpeter también ha sido aceptada por William H. Riker trabajando dentro del marco teórico muy diferente de la elección social. De hecho, Riker ha sido incluso menos exigente que Sartori. Su definición de democracia se apoya plenamente en el liberalismo que él pone en contraste agudo, como veremos, con el populismo. Riker (1982: 248) escribe: "El liberalismo... simplemente requiere elecciones regulares que a veces llevan al rechazo de los gobernantes". Riker añade, sin embargo, que la preservación de la democracia se basa en la existencia de limitaciones constitucionales. Es la combinación de "elecciones regulares más limitaciones constitucionales" lo que produce el tipo de democracia que James Madison tenía en mente y que se ha incrustado en la Constitución de los Estados Unidos (véase también Dahl, 1956). Puede haber en el mundo de hoy muchas democracias "electorales"; hay muchas menos "democracias liberales" (Diamond y Plattner 2001). Mientras que las democracias liberales ofrecen un obstáculo, ciertamente no insalvable, al surgimiento

del populismo, las democracias electorales a menudo se convierten en presa fácil de las agresiones populistas porque carecen de redes operativas de mecanismos y estructuras políticas e institucionales.

En este punto, lo que he dicho para la democracia puede resumirse simplemente subrayando que las democracias contemporáneas combinan una definición precisa de los derechos de los ciudadanos, incluido el derecho de asociación habitualmente traducido en la formación de partidos políticos, con la existencia de instituciones representativas y gubernamentales.

Si bien el discurso sobre la democracia ciertamente podría ampliarse y hacerse más robusto y más rico, también teniendo en cuenta todas las objeciones dirigidas, especialmente por los "participantes", a la definición modificada de Schumpeter aquí proporcionada, es hora de volver al populismo. Aquí también se encontrará con un gran número de participantes, es decir, académicos que definirían un régimen democrático sólo cuando todos los ciudadanos participan activamente en los procesos de toma de decisiones (me temo que aquí no puedo seguir este tipo de argumento), así como varios problemas de definición. **En aras de la parsimonia y la elegancia, me basaré en la definición de Riker (1982: 238): "La esencia del populismo es este par de proposiciones: 1. Lo que el pueblo, como entidad corporativa, querría que fuese la política social. 2. El pueblo es libre cuando sus deseos son ley. "**

**Lo más importante es que Riker se apresura a agregar que "las instituciones populistas dependen de la eliminación de las restricciones constitucionales" y que "la interpretación populista del voto justifica esta eliminación" (p.224). Es muy importante enfatizar que la definición de populismo de Riker se centra en *procesos y resultados* y no en *líderes*.** El populismo es una cualidad de la cultura política o, si se quiere, un tipo de cultura política relacionada con la forma en que debe funcionar un sistema político.

La principal preocupación de Madison era evitar la tiranía de la mayoría (esta es también la famosa interpretación de Dahl en 1956). La solución se encontró no sólo en un sistema, como lo definió Richard E. Neustadt (1960, 1991), el más importante erudito de la presidencia de Estados Unidos, de "instituciones separadas que comparten poderes", sino también en la asignación diferencial de poderes políticos al gobierno federal y a los gobiernos estatales, es decir, en la propia estructura del federalismo. En gran medida, aunque no sin conflictos (recuérdese: una guerra civil o guerra entre los Estados entre 1861-1865) y ajustes (desde el "gobierno del Congreso" de Woodrow Wilson a la "presidencia imperial" de Arthur Schlesinger), esta solución, una combinación de división horizontal de competencias y de limitación vertical de poderes, ha tenido éxito. Sin embargo, hilos, elementos e incluso experimentos de populismo, tanto a nivel local como nacional, tampoco han faltado en el contexto de USA.

Por lo tanto, la búsqueda de las condiciones que producen el surgimiento del populismo debe continuar. Sin duda, algunas de estas condiciones se pueden encontrar en lo que llamaré la ideología o credo estadounidense, como se ejemplifica con mayor prominencia en la citada declaración de Lincoln. Sin embargo, esa afirmación es, como ya he señalado, al mismo tiempo, bastante vaga y exagerada. Mucho depende de las formas en que el gobierno del pueblo está organizado (de nuevo: democracia participativa, quizás); las formas en que se ejerce el gobierno por parte del pueblo (¿a

través de instituciones representativas o a través de iniciativas populares y referendos?); y las maneras en que el gobierno para el pueblo se realiza /se logra (¿creación de un estado de bienestar generoso?)

La exploración en relación con cuáles arreglos institucionales (presidenciales / parlamentarios, los Estados centralizados / federales) son mejor conducentes o más opuestos al surgimiento populista deben continuar, pero quisiera concluir esta discusión preliminar de las diferencias entre la democracia liberal y el populismo con una larga cita de un estudioso injustificablemente desatendido, William Kornhauser (1959, 131): *La democracia populista implica la acción directa de un gran número de personas, lo que a menudo resulta en la elusión de los canales institucionales y la invasión ad hoc de la privacidad individual. La democracia liberal implica la acción política mediada por reglas institucionales, y por lo tanto limitaciones en el uso del poder por las mayorías así como por las minorías. La diferencia entre democracia liberal y democracia populista, entonces, no se refiere a quién tendrá acceso al poder (en ambos casos, hay una regla representativa); más bien, se trata de cómo se busca el poder, el modo de acceso. En la democracia liberal, el modo de acceso tiende a ser controlado por procedimientos institucionales y asociaciones intermedias, mientras que en la democracia populista el modo de acceso tiende a ser más directo y desenfrenado.*

Ha llegado el momento de abordar las condiciones "ideológicas" que indican la posibilidad y la aceptabilidad de uno u otro modo de acceso al poder político, y a las condiciones sociales que crean un ambiente propicio al populismo.

### **Condiciones ideológicas**

Con toda probabilidad, sugerir que existe una ideología populista precisa, ampliamente compartida y convincente sería una exageración. En todo caso, parece aconsejable usar el término en plural: "ideologías". Dado que las discrepancias entre las diferentes ideologías son muchas y amplias y la "estructura" de las diversas ideologías no es especialmente convincente, sino inestable y fluida, parecería preferible en el caso del populismo hablar de *mentalidades (estados mentales), en vez de ideologías*, de la misma manera que Linz lo ha sugerido (2000, capítulo 4)) al referirse a los regímenes autoritarios. Luego, la tarea apropiada se convierte en tener una identificación más precisa de las componentes de estas mentalidades para ver cuáles de ellas, si las hay, son comunes a todas las experiencias populistas. Una componente está, como se esperaba, siempre presente: la idea de que la gente es mucho mejor que sus gobernantes y que sus gobernantes a menudo traicionan los intereses y las preferencias de la gente. Como consecuencia, se dibuja una clara línea antagonista entre, por un lado, las élites/clases dominantes y, por otra parte, el pueblo (común). No importa quien tenga éxito en "despertar" y movilizar al pueblo y, por tal causa, se convierta en el populista Líder, los enemigos son los que están en el poder, y en algunos casos otros grupos seleccionados: magnates financieros, intelectuales, periodistas, en un sentido todos aquellos que no son definitivamente parte de la gente común, que simplemente no les pertenece. Casi por definición, los líderes populistas abrazan las ideas y las mentalidades de la gente y se identifican con ellos. Los líderes populistas no representan al pueblo; se consideran a sí mismos y logran ser considerados parte integral del pueblo. Son del pueblo. En cualquier caso, a menudo, los líderes populistas afirman ser uno de ellos. Y siempre el pueblo aclama al líder populista como uno de

ellos, pero al mismo tiempo lo considera mejor que ellos y reconoce que tiene cualidades (a menudo presuntamente carismáticas) para guiarlos.

¿Qué elementos de la cultura política son más conducentes a la formación de mentalidades populistas? En mi opinión, hay dos elementos primordiales que crean la oportunidad o el espacio para la aparición de mentalidades populistas. El primero es un tema relativamente común basado en el **rechazo de la política** y, en consecuencia, de los políticos. Por cierto, no hay contradicción entre el rechazo de la política y el activismo político de los políticos populistas. Algunas actividades políticas siempre serán justificadas por sus líderes populistas (y seguidores) como indispensables temporalmente para poner fin a la política. Me parece que este rechazo de la política es más que sólo un simple rechazo de la "política representativa", como ha argumentado Taggart (2002). De hecho, repetidamente, los líderes populistas prometieron deshacerse de la política tradicional tan pronto como sea posible y, por supuesto, no sugirieron qué clase de nueva política construirían excepto que el líder sería plenamente accesible a la gente. La existencia de una mentalidad anti política dentro de la población constituye un espléndido terreno para las inclinaciones y actitudes populistas. Es la condición preliminar para la incondicional delegación de autoridad al líder populista. Por lo tanto, la más importante diferencia entre las sociedades se refiere al papel y el prestigio de la política tal como viene definida y evaluada por las respectivas culturas políticas. Las sociedades donde la cultura política no atribuye prestigio a la política, pero donde, no obstante, la política desempeña un papel importante en la asignación de recursos, puede con toda probabilidad desarrollar sentimientos anti políticos fuertes y generalizados (para un buen análisis de esta componente, véase Crosti 2004).

El segundo elemento más reciente, obviamente muy relacionado con la mentalidad anti política, es un **sentimiento anti partidista**. En términos generales, la mentalidad populista desprecia todas las actividades políticas tradicionales y en curso como contraproducentes y corrompidas y castiga a todos los que participan en las actividades políticas tradicionales, sobre todo los políticos del partido, por subvertir la voluntad del pueblo. En la mentalidad populista no se aprecia en absoluto que se necesiten algunos grupos de individuos para adquirir conocimientos políticos e institucionales y aplicarlos al funcionamiento de los asuntos públicos. Los políticos del partido siempre se consideran un obstáculo para la expresión de la "verdadera" voluntad del pueblo. De hecho, los políticos profesionales nunca forman parte de la solución; son exclusivamente parte del problema porque son su competencia tanto como su colusión las responsables de la aparición, por un lado, de tensiones, conflictos y divisiones dentro del pueblo y, por otro lado, de estancamiento, desperdicio y corrupción en el proceso de toma de decisiones. Tras la supresión de la política existente, que también permite a algunos grupos sociales, magnates y monopolistas llegar a ser injustamente prósperos, la gente tendría un propósito común y viviría en un estado de armonía. Dejada a sí misma, la sociedad estaría libre de conflictos; mientras que la política hace que las sociedades se vuelvan conflictivas. **¿Es esto una utopía populista? Aunque vaga y mal definida, la utopía populista diseña una sociedad indiferenciada de individuos que trabajan y producen, en la que cada uno conoce su lugar, y sólo el líder populista sabe mejor que nadie y merece un estatus más alto.**

Permítanme volver a la sugerencia que se ha hecho de que, en verdad, los populistas no están en contra de la política, sino en contra de la "política representativa" (Taggart 2002, pp. 71-79). *En su impulso para abolir a todos los actores intermedios, asociaciones e instituciones, no hay duda de que la política representativa es el objetivo principal de los populistas.* Sin embargo, si el objetivo es una conexión más estrecha y excluyente entre el pueblo y el líder, entonces la política, en su variedad de componentes: conflictos, colaboraciones, compromisos, terminará siendo abolida dejando espacio sólo para la relación directa entre el pueblo y el líder que gozará personalmente de manera libre de todos los poderes de decisión (y representativos).

En sí misma, la cultura política democrática clásica no constituye una barrera automática contra el populismo. Especialmente, si la cultura política democrática hace hincapié en la importancia decisiva del apoyo otorgado por las mayorías populares (regla de la mayoría) a todos los gobiernos legítimos, fácilmente se vuelve vulnerable a las críticas y propaganda populistas. Para dar un solo ejemplo, es y ha sido a menudo posible reclamar la existencia de una "mayoría silenciosa" cuyas opiniones no son tomadas en cuenta por la(s) mayoría (s) "oficial(es)". Obviamente, una mayoría tan silenciosa representa una reserva potencial de reclutamiento y movilización de experimentos populistas. ¿Se puede encontrar una cultura política capaz de ofrecer una poderosa barrera contra los desafíos populistas basada tanto en una crítica de las élites como en un rechazo de su papel? Hasta cierto punto, es posible argumentar que la cultura política basada en y caracterizada por la *deferencia* (para una discusión crítica de la atribución de esta característica a la cultura política inglesa, véase Kavanagh 1980) representa un obstáculo importante a la penetración de ideas populistas. Deferencia significa reconocer que todos aquellos que han logrado posiciones de liderazgo, políticas o de cualquier otra índole, merecen respeto. Realizan actividades y deberes que de otro modo no son fácilmente atribuibles o transferidos a otras personas menos preparadas. Tradicionalmente, los rasgos definitorios de esta cultura de la deferencia se han encontrado en algunos contextos anglosajones, más precisamente en Gran Bretaña. El pueblo, en su versión de ciudadanos, puede ejercer el poder político según las tradiciones, las convenciones, las reglas del juego. Hay esferas de actividad cuyos límites rara vez son invadidos; hay áreas de especialización y hay límites al poder de todos los grupos. El reconocimiento de que la política es una actividad digna que requiere conocimientos e implica esfuerzos y esfuerzos y que los partidos representan agregaciones de opiniones y preferencias populares son dos componentes decisivos de la ideología liberal de lo que constituye legítimamente una política democrática competitiva.

No hay lugar para el populismo en una sociedad donde la deferencia y el liberalismo han impregnado y moldeado la esfera de la política. De hecho, casi todas las democracias anglosajonas han escapado de importantes desafíos populistas. Sin embargo, el caso de los Estados Unidos requiere más atención porque en el pasado se produjo una insurgencia mayor y dramática del populismo (agrario), pero también porque otros casos menos importantes, pero aún significativos, de populismo como los encarnados por el Gobernador y el Senador Huey Long, el Senador Joseph McCarthy, el Gobernador George Wallace y el candidato presidencial Ross Perot, han puntuado algunos períodos históricos y áreas geográficas específicas (para un análisis sucinto, pero esclarecedor, véase Ware 2002). *De hecho, el caso de los Estados Unidos parece sugerir que la conexión entre populismo y democracia es real, fuerte e inevitable y que*

la línea que los separa es y sigue siendo delgada. Esta línea está destinada a ser especialmente delgada en las democracias de masas para distinguirse con precisión, como sugiero, de las sociedades de masas.

Varios eruditos norteamericanos han criticado durante mucho tiempo algunas tendencias de su sociedad que conducen a la aparición de una sociedad de masas despolitizada (véase para una evaluación influyente temprana Riesman 1961, 1989), y con razón porque el problema es que todas las democracias de masas están peligrosamente cerca de sociedades de masas. Por otra parte, las democracias de masas liberales están obligadas a abrir espacios de alienación para individuos aislados cuyo único escape a menudo se encuentra en lo que ellos consideran una relación emocional y directa con un líder político. En este punto, para aclarar mi argumento, debo mirar las condiciones sociales subyacentes a las oportunidades tanto para la insurgencia del populismo como para la supervivencia de la democracia liberal.

### **Condiciones Sociales**

Hay dos maneras diferentes, aunque estrechamente relacionadas, de definir las condiciones sociales más propicias para la probable aparición del populismo. La primera se centra en los individuos y sus características psico-sociológicas. La segunda condición se refiere a la situación general de una sociedad específica. En cuanto a los individuos más expuestos a ser atraídos por un líder populista o a participar en una aparición populista, poseen muchos rasgos comunes. Acabo de insinuar a aquellos individuos que se hacen accesibles a una experiencia populista porque sufren de aislamiento y alienación política y están en una seria necesidad de apegos emocionales, tanto de tipo vertical como horizontal. El aislamiento social significa que no están conectados con otros individuos excepto a través de sus propias condiciones personales y materiales de vida y trabajo. En segundo lugar, y lo más importante, por lo general no son miembros de ningún tipo de asociaciones y organizaciones, ya sean culturales, religiosas, profesionales o, en cualquier caso, pasivas. Esto puede deberse al hecho de que estas personas se han trasladado de un área en la que los lazos tradicionales eran suficientes para vincularlos con otros miembros de esa comunidad a un área en la que nuevos vínculos son difíciles de crear. O pueden haber abandonado una situación en la que tenían vínculos, pero, por ejemplo, habiendo quedado desempleados, se han encontrado, de buena o mala gana, incapaces de mantener ningún vínculo social. En este punto, los individuos se encuentran no sólo socialmente dislocados, pero, siendo más específico, están disponibles. Con toda probabilidad, esta es la condición experimentada por muchos trabajadores industriales desempleados que fueron atraídos por los nazis. Tercero, pueden estar demasiado preocupados por ganarse la vida en cualquier organización, y las pocas organizaciones existentes podrían no parecerles atractivas para unirse o participar. Por lo tanto, los individuos se encontrarán socialmente aislados y expuestos a dirigentes populistas que ofrecen una experiencia, aunque menos importante, de participación.

En ausencia de lazos horizontales entre sus pares, a los individuos sólo les queda confiar en los lazos verticales con un líder, y anhelar un sentido de, de otra manera imposible, pertenecer a una comunidad. La situación general que estoy describiendo está fuertemente influenciada por la teoría de la sociedad de masas formulada por William Kornhauser. Más precisamente, Kornhauser (1959) sugiere que en una sociedad de masas los "miembros de la sociedad carecen de apego a grupos



independientes" (p.48) y que "la población está disponible ya que sus miembros carecen de todas esas formaciones sociales independientes que podrían servir como base de resistencia a la elite "(p.41). Lo más importante, finalmente, "el populismo es causa y efecto en el funcionamiento de la sociedad de masas" (p.103). Como señal de precaución, dado que no existen suficientes estudios sobre las condiciones psico-sociológicas de los individuos que han estado involucrados en movilizaciones populistas, se podría añadir que tal vez sea el éxito de la propaganda populista el que rompe algunos viejos lazos de asociación y abre el camino para la relación directa entre los individuos recién separados y el líder populista.

En cuanto a las condiciones que hacen a una sociedad especialmente vulnerable al populismo, es decir, más susceptible a las incursiones populistas, la más importante de ellas es sin duda una sensación general de **malestar colectivo**. En algunos casos extremos, este malestar puede convertirse en una situación de **ansiedad** compartida. Una sociedad estática o estancada ofrece un ambiente en el cual todo tipo de experimento populista o autoritario goza de la oportunidad de aparecer y prosperar. El grado de autoritarismo dependerá, entonces, del grado de diferenciación social y política existente, así como de la calidad de la tecnología disponible. En las sociedades estáticas, como en la Rusia del siglo XIX, el populismo era una fantasía intelectual o un colosal fracaso. Sólo una sociedad en transición, en cualquier etapa del desarrollo, puede albergar una dosis más o menos modesta de populismo viable. En cualquier momento en una sociedad de transición, las masas de individuos dislocados dan una oportunidad de soluciones populistas a los líderes políticos ambiciosos. Hoy en día, sabemos que en las sociedades de transición son especialmente las teocracias las que ofrecen una alternativa plausible al populismo. Y las teocracias tratarán de destruir la mayoría de las asociaciones existentes o de infiltrarlas. Dicho esto, todavía se requiere ser algo más precisos en la identificación de las características de una sociedad de transición.

En el pasado, las transiciones más importantes (Lerner 1958, Deutsch 1961) eran aquellas que ocurrían desde zonas rurales a urbanas, de ocupaciones agrícolas a las no agrícolas, de los lazos tradicionales a alguna forma moderna de soledad, de una forma más bien protegida, quizás opresiva, de vida comunitaria a las muchas oportunidades desafiantes y riesgosas en sociedades urbanas. En casi todos los casos latinoamericanos, transiciones de este tipo han producido grandes masas de individuos disponibles que contribuyeron al nacimiento o proporcionaron apoyo a una variedad de experimentos populistas. El más conocido y estudiado de estos experimentos ha sido el *peronismo* (1943-1955). Fue el sociólogo italiano Gino Germani (1975) quien primero llamó la atención sobre la combinación explosiva de la movilización de masas urbanas de descamisados que no tenían vínculos organizacionales previos con el estado de malestar colectivo general de una sociedad, Argentina, atrapada en un período de transformación insatisfactoria y dificultades visibles. El malestar generalizado, limitado por la ansiedad colectiva, es a menudo la consecuencia de muchos temores relacionados con la falta de puestos de trabajo, cambios políticos inesperados, olas de inmigración, desafíos a la identidad. Estos temores encuentran sus raíces en la actual situación miserable, pero también se proyectan en el futuro previsible. **El líder populista promete soluciones, pero, sobre todo, identifica claramente a los enemigos (chivos expiatorios), atribuye responsabilidades y ofrece tranquilidad.** La tierra prometida rara vez es la institucionalización del movimiento populista y la satisfacción

de todas las demandas populares. De hecho, el líder populista tiene la necesidad de prolongar la situación de transición y, con este propósito, de hallar nuevos "enemigos". Mientras la transición continúe, él será necesario. **Por lo tanto, no tratará de institucionalizar su poder, de redactar nuevas reglas, de someterse a procedimientos legales o de construir instituciones permanentes.** Se basará en la movilización periódica, aunque no necesariamente demasiado frecuente, de sus partidarios. Una visión alternativa, sugerida por Marco Tarchi, y que no comparto, es que el populismo comprime la brecha entre una sociedad estable dominada por sus élites y una sociedad moderna tras una fase de modernización y que el líder populista desempeña el papel de elemento clave socio-político en esta operación compleja y difícil. Demasiados casos latinoamericanos van en contra de esta expectativa y generalización.

Aunque América Latina ha demostrado ser un terreno fértil para todo tipo de experiencias populistas (a lo largo del tiempo, ofrecí un análisis en profundidad en Pasquino, 1979), **el peronismo, con y sin Perón, sigue siendo el ejemplo primordial del populismo "exitoso"**. Incluso cuando *el hombre* ya no estaba en el país ni en el poder, durante muchos años *los humildes* todavía podían movilizarse o eran capaces de movilizarse en su nombre. El peronismo ofrece otra lección polémica. **Su trayectoria general sugiere que, en general, el populismo es hostil, si no a la supervivencia, ciertamente a la plena institucionalización y al funcionamiento decente de un régimen democrático. Es difícil afirmar que el peronismo ha sido positivamente responsable de cerrar brechas en la sociedad argentina. Por el contrario, para bien o para mal, la racha permanente del populismo peronista constituye el factor más inflexible que hace que la democracia argentina sea realmente difícil de construir y estabilizar.**

Los interesados en las condiciones sociales que crean oportunidades para la aparición del populismo seguirán encontrando una variedad de casos desconcertantes en América Latina, siendo el más reciente y significativo Venezuela (Tagle Salas 2004). El ascenso al poder del líder populista Hugo Chávez constituye, de hecho, el producto de una serie de desarrollos no totalmente impredecibles. Los dos principales partidos, COPEI y Acción Democrática, aunque compitieron en las urnas e incluso alternaron en el cargo, nunca estuvieron involucrados en intentos sostenidos de movilizar a la sociedad venezolana y nunca fueron capaces de proporcionar una participación significativa. *"El futuro incierto de la democracia venezolana se debe no sólo a la continua fuerza de los valores tradicionales y autoritarios, sino también al fracaso de los partidos políticos populistas en penetrar suficientemente en las diversas subculturas masivas para inculcar en ellas un compromiso con valores democráticos"* (Bank 1973, p.282). En lugar de actuar como educadores democráticos, los partidos venezolanos y sus líderes se apoyaron en la prosperidad creada por el petróleo y en la relativa satisfacción de la mayoría de los votantes venezolanos que eran la fuente de apoyo específico, sabemos ahora, pero no sistémico. Cuando la prosperidad petrolera, que no se había aprovechado para fomentar la diversificación de las actividades económicas, llegó a su fin, incapaces de formular soluciones para la crisis sobreviniente, las partes se revelaron como depósitos vacíos. Una situación generalizada de malestar generalizado se apoderó de muchos venezolanos. La situación estaba madura para la aparición de un líder anti-partido, anti-establishment, populista. La democracia venezolana simplemente se derrumbó, pero, como se podría predecir, el líder populista, aunque goza de un apoyo popular significativo, hasta ahora ha sido incapaz y no está dispuesto a institucionalizar su gobierno.

## Condiciones políticas

Los factores ideológicos y sociales pueden definirse como condiciones que facilitan la aparición del populismo. Sin embargo, las condiciones más significativas para el éxito del populismo son políticas. Mény y Surel (2000, capítulo 2) indican que tres condiciones políticas son decisivas para el surgimiento del populismo contemporáneo: 1) la crisis de las estructuras de intermediación política; 2) la personalización del poder político; y 3) el rol creciente de los medios de comunicación en la vida política. Lo importante no es tanto que estas condiciones parezcan ser en gran medida el producto irreversible de las sociedades contemporáneas. Por el contrario, el aspecto problemático que requiere una explicación es que funcionan de diferentes maneras en diferentes países. Lo que abre el espacio para el populismo es la combinación en diferentes proporciones de estas condiciones políticas con algunas condiciones sociales variables. Siendo más precisos, los partidos políticos como estructuras de intermediación política han disminuido en fuerza en casi todos los sistemas políticos, pero el populismo no ha aparecido en todos los sistemas políticos. La política se ha personalizado en todas las democracias contemporáneas, pero los líderes populistas no han aparecido en todas las democracias contemporáneas. Por último, no parece haber una relación tan estrecha entre el creciente papel de los medios de comunicación y el populismo. En verdad, algunos de los ejemplos más interesantes del populismo (en América Latina y en Estados Unidos) aparecieron mucho antes de que los medios de comunicación desempeñaran un papel omnipresente en el sistema de comunicación. El hecho es que, para evaluar la importancia variable de las tres condiciones políticas antes mencionadas, debemos analizar sistemas sociales enteros y elaborar algunos indicadores sobre la gravedad de la crisis de las estructuras de intermediación política; cuán significativa es la personalización de la política; cuán difundido es el rol de los medios de comunicación en la vida política (¿qué medios - de quién?). Sobre todo, hay que procurar proporcionar una visión global de estos tres procesos y de sus interrelaciones.

Aquí ni siquiera puedo comenzar este ambicioso programa de investigación y seguiré lo que considero un atajo. Aunque uno nunca debe tratar de proporcionar la explicación de un fenómeno complejo confiando en una sola variable, la tentación es muy difícil de resistir. Por lo tanto, me rendiré a ella, pero con una nota de precaución. Al fin y al cabo, la más importante condición política decisiva y responsable de la aparición del populismo es, en mi opinión, la existencia de un líder dispuesto y capaz de explotar las condiciones sociales (de ansiedad y disponibilidad) que he identificado anteriormente. Si esas condiciones sociales no existen, ningún experimento populista puede hacer su aparición. Por otra parte, las condiciones sociales pueden existir, pero en ausencia de un líder político capaz de explotarlas, no se producirá ningún experimento populista. Sólo rara vez un líder político triunfará en ambas tareas: primero, creando y segundo, explotando las condiciones sociales que le permitirán lanzar su desafío populista al régimen democrático existente, aunque debilitado. Hay buenas razones para creer que el caso italiano contemporáneo proporciona alguna evidencia para apoyar mis generalizaciones.

### El caso italiano

Cuando nos referimos al caso de Italia después de 1993, encontramos que es un buen ejemplo de dos tipos de populismo producidos mucho más por factores políticos que

por factores socioeconómicos. Los dos populismos están representados por Silvio Berlusconi y Umberto Bossi. No se ha prestado mucha atención a las condiciones generales imperantes del sistema político italiano cuando la Liga Bossi (la primera, Lombarda, luego del Norte) surgió a fines de los años 80 como un actor político significativo o cuando Berlusconi decidió a principios de los años 90, "salir a la cancha" (Ver, sin embargo, Pasquino 1993, y Gilbert 1995). Las condiciones económicas italianas no eran especialmente buenas porque el crecimiento artificial de la economía, encabezado por el consumo conspicuo y el agotamiento de los recursos estatales, había llegado a su fin. Sin embargo, hubo sobre todo malestar sociopolítico generalizado, casi ansiedad, sobre todo en las zonas del Norte donde, debido a la desaparición de los demócratas cristianos y los socialistas, muchos votantes se sentían privados de sus representantes políticos a largo plazo y no podían ver sus reemplazos. Por el contrario, estaban anticipando el ascenso al poder de la izquierda hecha de ex comunistas. En esta coyuntura, fue Bossi quien creó la oferta preliminar de representación política (y territorial) a pequeños industriales, comerciantes y empleados del sector privado, mientras que Berlusconi logró prometer en mayor escala más de lo mismo, así como protección contra la izquierda "anti-democrática". Ambos líderes podrían explotar la repugnancia contra la corrupción sistémica de los políticos gobernantes descubiertos por la investigación de *Mani Pulite* ("manos limpias"). Ambos podrían enfatizar sus cualidades no políticas y Berlusconi podría coronar todo esto con el aura de su "magnífico" desempeño y éxito empresarial. Finalmente, ambos apelaron al pueblo contra el establishment político, especialmente las élites romanas. Ocultado durante mucho tiempo, el populismo se estaba poniendo de manifiesto para socavar la democracia italiana que, sin embargo, desde 1945 hasta 1993 no había sido ciertamente una democracia liberal clásica, sino una *partidoocracia* total, es decir, una democracia en la que los partidos habían desempeñado un papel exagerado y controlado una cantidad excesiva de poder no sólo político, sino también económico, social y cultural (Hine 1993, Bufacchi y Burgess 1998, 2001).

La ideología populista de Bossi se basaba en una extraña combinación de una identidad regional artificialmente inventada: Padania (analizada, por ejemplo, por Tambini 2001, Gómez-Reino Cachafeiro 2002 y Huysseune 2004) a ser estigmatizada contra la política romana y la explotación del prolongado y más agudo malestar socioeconómico de los pequeños empresarios del norte, los comerciantes y trabajadores de cuello blanco contra el Estado italiano. Las semillas de un discurso populista y una revuelta populista



se plantaron fácilmente en el fértil suelo de las fuerzas anti políticas y los anti partidos, y podrían, hasta cierto punto, haber crecido rápidamente. Es interesante remarcar que la red de asociaciones que, según un famoso estudio Robert Putnam (1993), había creado una tradición cívica en la mayoría de las regiones del norte, no se reveló tan

abarcadora, tan extendida o tan robusta como se habría esperado en varios sectores de Padania. Se puede hacer la hipótesis de que una tradición cívica nunca es sólo producto de asociaciones no políticas y que, por el contrario, las asociaciones políticas y sobre todo los partidos políticos, están en condiciones de conectar de manera más satisfactoria a todos las asociaciones no políticas y de ofrecerles una representación viable y una salida representativa. Lo más probable es que lo que se manifestó en la práctica en aquellas áreas de Padania fue el fenómeno del capital social acumulado en algunas áreas más a través de prácticas de vínculo afectivo que de puente, más por unir en forma conjunta por sus similitudes culturales y afinidades territoriales (siendo originario de Padania) que en razón de preferencias compartidas y proyectos políticos (para un análisis del capital social en estos términos, véase Putnam 2000).

Privados de sus referencias políticas, esencialmente el Partido Demócrata Cristiano, los Socialistas y otros partidos menores del centro, varias asociaciones existentes en las regiones del Norte perdieron su disposición y capacidad de orientar las quejas de los votantes a través de canales institucionalizados. Muchos pequeños empresarios y comerciantes creían que ya no estaban representados por sus asociaciones y pensaban que los líderes de los partidos que habían apoyado hasta entonces los estaban traicionando. En ese momento, decidieron confiar en lo que, siguiendo el discurso de los militantes de la Liga, consideraban su única y verdadera identidad: ser los norteos, más precisamente su "*Padanità*" más o menos inventada. Una de las consecuencias más importantes y, en su momento, fundamentalmente subestimadas de la caída del Muro de Berlín fue, no tanto la obligación del Partido Comunista de transformarse para evitar ser barrido por el curso de la historia, como el comienzo de la decadencia y la desaparición de los Demócratas Cristianos junto con todos los demás partidos de la coalición de cinco partidos que había gobernado el país desde 1980 hasta 1992. En consecuencia, un nuevo vehículo político encontró un espacio abierto para representar las preferencias e intereses de los votantes norteos huérfanos. Durante un tiempo, la Liga del Norte se mostró a la altura de la tarea. Sin embargo, cuando la reforma del sistema electoral parecía crear las mejores condiciones para una victoria de la izquierda guiada por ex comunistas, la situación de ansiedad compartida por muchos votantes, no sólo en el norte, sino en toda Italia, ofreció la mejor plataforma disponible para la entrada triunfal de Berlusconi en la política, así como para la aparición de un tipo diferente de atractivo populista y de experimento.



*Silvio Berlusconi, Ex Presidente del Consejo de Ministros de Italia*

A través de colaboraciones y conflictos, tanto en el gobierno como en la oposición, Bossi y Berlusconi recurrieron a apelaciones populistas, desarrollaron un discurso populista, y organizaron un movimiento populista (Tarchi 2003, cap. VI y VII). Raramente, se pueden hallar diferencias significativas en lo que dicen. Si la hay, la diferencia está en el estilo y el tono y en su respectiva ambición general. Bossi sabe que, como mucho,

obtendrá la "independencia" completa de Padania. Berlusconi debe apuntar a la remodelación de toda Italia. Por esta razón, Berlusconi no puede permitirse aparecer abiertamente como antiinmigrante, xenófobo y antieuropeo, mientras que Bossi debe formular una fuerte posición anti-inmigración no sólo porque también compite contra la Alianza Nacional, sino porque debe "proteger" la identidad de los de Padania. Por cierto, la postura anti-inmigración adoptada y repetidamente subrayada por la Liga del Norte podría explicar por qué no existe en Italia, contrariamente a la mayoría de los países europeos (Ignazi 2003), un partido xenófobo de extrema derecha. A Berlusconi no le gustan las restricciones que la Unión Europea impone a sus políticas domésticas, pero como Primer Ministro debe trabajar dentro de ellas. Bossi denuncia abiertamente la "Europa de los albañiles" y de los estalinistas, porque, de nuevo, le gustaría obtener un estatus especial para la Padania. Fuera de lo absurdas que sean las declaraciones de Bossi, nunca Berlusconi las ha criticado abiertamente o se ha distanciado de ellas. Hay, en cierto modo, una especie de división de las actividades políticas entre ellos. Por último, casi por definición, [Forza Italia](#) de Berlusconi es un movimiento nacional, mientras que la [Lega Nord](#) de Bossi abastece exclusivamente a los intereses y preferencias del Norte. Su competencia se produce sólo en las regiones del norte, donde, sin embargo, Berlusconi nunca ha utilizado todo su poder de fuego contra la Liga, eligiendo en su lugar llegar a acuerdos pre-electorales y recompensar a su inquieto, pero extremadamente útil, aliado de manera sorprendentemente generosa.

Al final, se puede decir que, una vez en el gobierno, ni Bossi ni Berlusconi han cambiado fundamentalmente la naturaleza, el tono y el estilo de su atractivo político general. En la medida en que poseen una ideología, sus planchas centrales siguen siendo anti políticas y la crítica de todos los demás partidos y de los líderes profesionales de los partidos. En la misma medida, no importa cuántos de los parlamentarios de Forza Italia hayan tenido una carrera partidaria, hacen todo lo posible por representar a sus respectivos electores, en gran medida anti políticos. Por último, tanto Bossi como Berlusconi intentan perpetuar la situación de relativa ansiedad social que justifica su carácter indispensable. Hasta ahora han sido más que sustancialmente exitosos. Desde 1994, el sistema político e institucional italiano ha estado en transición, es decir, las reglas del juego y las instituciones han sufrido algunos cambios, pero todavía están sujetos a cambios adicionales. Ningún actor político y, de hecho, ningún ciudadano puede estar seguro de que algunas reglas no serán modificadas, revisadas, o transformadas. A pesar de estar bien insertada en la coalición gubernamental, la Liga continúa enfatizando la identidad separada de sus votantes, marca como bandera la independencia de Padania y eventualmente su secesión (un punto convincentemente subrayado por Huisseune 2004) y campañas contra las élites y el establishment . Y, por supuesto, como ya he indicado antes, las élites europeas están incluidas en el establishment (no sólo político) desafiado sin palabras. La propaganda populista de la Unión antieuropea de Bossi y Berlusconi ha hecho algunas incursiones en un electorado que, en general, era en gran parte pro-europeo, reduciendo el porcentaje de aquellos que consideran "algo bueno" la pertenencia de Italia a la Unión Europea.

Berlusconi está del lado ganador. Es por eso que Bossi está obligado repetidamente a enfatizar el carácter distintivo de la liga del Norte y su plena representatividad del pueblo de Padania, sus intereses, sus preferencias, su futuro. Por eso Berlusconi recurre a un componente fundamental de la mentalidad populista, que también puede ser

utilizada, si es necesario, contra la Liga Norte: la voluntad del pueblo italiano. Según Berlusconi, que defiende una interpretación perfectamente coherente con la de todos los populistas, líderes y seguidores por igual, sólo hay una forma primordial en que el pueblo tenga que expresar su voluntad: a través de las elecciones. Sin embargo, Berlusconi ya ha dado un paso adelante. La voluntad del pueblo traducida en la formación de una mayoría parlamentaria da plena legitimidad a todas las decisiones y políticas de la mayoría. En este punto de vista populista, el Parlamento, como órgano constitucional, no es simplemente la institución que representa la diversidad de opiniones dentro de la sociedad. Es una institución que puede ser subordinada a la mayoría parlamentaria pero ha recibido el mandato del pueblo de tomar decisiones. Todas las demás instituciones, el Presidente de la República, el Poder Judicial, el Tribunal Constitucional, que no son elegidos por el pueblo, tienen menos legitimidad o carecen de legitimidad frente al gobierno. En consecuencia, deben respetar las decisiones del Parlamento, es decir, la mayoría parlamentaria, producto de la voluntad del pueblo. Para ser exactos, en este punto de vista populista, no existen y no pueden existir "limitaciones constitucionales" al poder de la mayoría del pueblo. Los jueces bien pueden juzgar y condenar a Berlusconi, pero esto sería considerado por él, por sus colaboradores y por sus seguidores una infracción intolerable sobre la voluntad del pueblo. En cualquier caso, este razonamiento va, si y cuando Berlusconi obtiene un segundo mandato, entonces será absuelto de forma automática y decisiva por el pueblo. Una y otra vez, es la voluntad del pueblo contra todas las instituciones, sin importar cuál de ellas. Es muy claro que aquellos que sostienen y propagan esta interpretación, aunque sostenible, del populismo, como consecuencia, subvertirán la democracia italiana en su funcionamiento constitucional "liberal", aunque imperfecto y limitado.

Parece haber algo paradójico en la coexistencia de dos líderes y movimientos populistas en un país que ha sido, durante 40 años, el sello distintivo de la partidocracia. En retrospectiva, uno está en posición de explicar el surgimiento del populismo en Italia no simplemente como una reacción contingente contra los partidos establecidos, sino como la reaparición de actitudes que siempre han caracterizado a la cultura política italiana (para una visión altamente crítica de la evolución histórica de la cultura política italiana ver Tullio-Altan 1986 y 1989, y datos recientes se pueden encontrar en Caciagli y Corbetta 2002). Si los dos partidos que dominaron la política italiana de posguerra tienen algunos méritos, se les puede atribuir una visión nacional de la política y mantener bajo control las tendencias populistas y rebeldes. Sin embargo, al final, tanto los demócratas cristianos como los comunistas, aunque por diferentes razones, han demostrado ser incapaces de transformar la cultura política italiana (y tal vez nunca plenamente comprometidos con esta tarea). De hecho, las tendencias populistas y clientelistas han resurgido de una manera poderosa, pero, para ser justos, sobre todo, si no exclusivamente, en las áreas donde los demócratas cristianos han gobernado. Tal vez, esas tendencias son sólo el arma política apropiada de una comunidad irreprimitamente no política y anti-política. Teniendo en cuenta que el terreno siempre estuvo predispuesto al populismo y que las bases culturales y socioeconómicas de muchas zonas geográficas italianas han permanecido sin cambios, pero también parecen afectadas por una intensa preocupación por el futuro, la conclusión es inevitable. *No hay una solución fácil a la vista: una dosis más o menos modesta de populismo está en Italia para quedarse.* El problema se agudiza cuando el populismo adquiere poder a nivel nacional.

## Conclusión

La pura posibilidad de una insurgencia populista es inherente, aunque no en el mismo grado, a todas las democracias masivas contemporáneas. La misma "ideología" de la democracia, su contenido normativo que contempla "el poder del pueblo" y que sugiere que el poder político debe ejercerse "para el pueblo", puede conducir, en algunas circunstancias y de manera distorsionada, manipulada y fundamentalmente por su aplicación incorrecta, a recetas, reclamos, resultados, todos populistas. Más a menudo, sin embargo, el populismo, que es la aparición concreta de líderes, movimientos, demandas populistas, debe considerarse un indicio de que un régimen democrático específico no funciona ni funciona satisfactoriamente, creando suficiente descontento como para abrir camino a un populismo "Empresario" (uso el término en un sentido técnico). De hecho, la variedad de manifestaciones que pueden calificarse de populistas son, al mismo tiempo, la consecuencia del mal funcionamiento de un régimen democrático, pero también el precursor de otros problemas y desafíos futuros. En cualquier caso, el populismo nunca fortalecerá una democracia. Siempre la hará inexorablemente inestable. Incluso puede erosionarla, desde dentro y desde fuera. En algunos casos, como lo han demostrado claramente muchos sistemas políticos latinoamericanos, sobre todo Argentina, la erosión no será fácil de reparar, generación tras generación política.

Hay varias razones por las que el populismo afecta negativamente el marco democrático. Los seguidores de los líderes populistas ponen en ellos una cantidad exagerada de fe y, a menudo, siguen creyendo que cualquier mejoría de su situación puede venir solamente de la acción de un líder dotado de cualidades extraordinarias. En segundo lugar, la cohesión del movimiento populista se concede esencialmente por la identificación, por la oposición y, en la mayoría de los casos, por la hostilidad contra algunos enemigos: el establishment, los políticos, los financistas de la globalización, los tecnócratas, los inmigrantes, "los que no son como nosotros". Esta actitud abrumadora de hostilidad es hostil a la adquisición de la cualidad democrática fundamental que reconoce la existencia de adversarios y competidores, pero no de enemigos. La hostilidad impide toda colaboración y acuerdo y mantiene una situación de conflicto que no conduce a un resultado democrático aceptado. En tercer lugar, al basarse en una relación directa e inmediata entre seguidores y líderes, el populismo rechaza todas las formas no sólo de intermediación política, sino también de intermediación institucional, como instrumentos que distorsionan y traicionan la verdadera voluntad del pueblo. Por lo tanto, no sólo impide la consolidación de los regímenes democráticos, sino que también desafía a los regímenes democráticos existentes, a sus partidos y a sus instituciones, ofreciendo como alternativa la relación directa altamente volátil "seguidores/líderes". Finalmente, agobiado por excesivas expectativas, el populismo no puede cumplir. O se vuelve más radical, recurriendo algunos de sus seguidores a actividades violentas y terroristas, o, cuando cargado de frustraciones, termina con sus seguidores en un estado de alienación social y política. En ambos casos, la sociedad y el sistema político se encontrarán en una situación peor que la que prevalecía en el nacimiento del populismo. La absorción de todo tipo de populismo en un marco democrático satisfactorio requiere tiempo, paciencia y mucha sabiduría institucional. *La experiencia latinoamericana es testigo de todas esas dificultades, a menudo no superables.* No existe, a mi entender, ningún caso de institucionalización exitosa de un movimiento o experimento populista.



En cuanto a Italia, tras 10 años de una peculiar doble manifestación de populismo regional y nacional, el sistema político italiano no sólo no ha mejorado, sino que la calidad de su democracia, como la mayoría de sus ciudadanos declaran constantemente, se ha deteriorado. Queda por ver si los dos populismos italianos dependen totalmente de la personalidad de sus líderes o si algunos elementos del populismo sobrevivirán no tanto porque son inherentes a la relación entre el pueblo y la democracia, sino porque son un componente integral de la cultura política italiana profundamente arraigada.

## Referencias

- Bank, D.E. (1973) *Politics in Venezuela*. Boston: Little, Brown, and Company.
- Bufacchi, V. and Burgess, S. (1998, 2001 rev.) *Italy Since 1989. Events and Interpretations*. Houndmills: Palgrave.
- Caciagli, M. and Corbetta, P. (2002) *Le ragioni dell'elettore. Perché ha vinto il centro-destra nelle elezioni italiane del 2001*. Bologna: Il Mulino.
- Canovan, M. (1981) *Populism*. New York and London: Harcourt Brace Jovanovich.
- Cento Bull, A. and Gilbert, M. (2001) *The Lega Nord and the Northern Question in Italian Politics*. Houndmills: Palgrave.
- Collier, D. and Levitsky, S. (1997) in "World Politics", vol. 49, April.
- Crosti, M. (2004) *Per una definizione del populismo come antipolitica*, in "Ricerche di Storia Politica", n. 3, pp. 425–443.
- Dahl, R.A. (1956) *A Preface to Democratic Theory*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Deutsch, K.W. (1961) *Social Mobilization and Political Development* in "American Political Science Review", vol. LV, pp. 493–505.
- Germani, G. (1975) *Autoritarismo, fascismo e classi sociali*. Bologna: Il Mulino.
- Gilbert, M. (1995) *The Italian Revolution. The End of Politics, Italian Style?* Boulder, San Francisco, Oxford: Westview Press.
- Gomez-Reino Cachafeiro, M. (2002) *Ethnicity and Nationalism in Italian Politics*. Aldershot: Ashgate.
- Hine, D. (1993) *Governing Italy. The Politics of Bargained Pluralism*. Oxford: Clarendon Press.
- Huyseune, M. (2004) *Modernità e secessione. Le scienze sociali e il discorso politico della Lega Nord*. Roma: Carocci.
- Ignazi, P. (2003) *Extreme Right Parties in Western Europe*. Oxford: Oxford University Press.
- Ionescu, G. and Gellner, E. (eds.) (1969) *Populism: Its Meanings and National Characteristics*. London: Weidenfeld and Nicholson.
- Kavanagh, D. (1980) *Political Culture in Great Britain: The Decline of the Civic Culture*, in G.A. Almond and S. Verba (eds.), *The Civic Culture Revisited*. Boston and Toronto: Little, Brown, and Company, pp. 124–176
- Kornhauser, W. (1959) *The Politics of Mass Society*. New York: The Free Press of Glencoe.

- Lerner, D. (1958) *The Passing of Traditional Society. Modernizing the Middle East*. New York: The Free Press.
- Linz, J.J. (2000) *Totalitarian and Authoritarian Regimes*. Boulder and London: Lynne Rienner Publishers.
- Mény, Y. and Surel, Y. (2000) *Par le peuple, pour le peuple*. Paris: Librairie Arthème Fayard.
- Neustadt, R.E. (1960, 1991) *Presidential Power and the Modern Presidents. The Politics of Leadership from Roosevelt to Reagan*. New York: The Free Press.
- Pasquino, G. (1979) Populismo, in M. Carmagnani (ed.), *Storia dell'America latina*. Firenze: La Nuova Italia Editrice, pp. 285–299.
- Pasquino, G. (1993) Introduction: A Case of Regime Crisis, in G. Pasquino and P. McCarthy, eds., *The End of Post-War Politics in Italy*. Boulder, San Francisco, Oxford: Westview Press, pp. 1–11.
- Przeworski, A., Stokes, S.C. and Manin, B. (1999) *Democracy, Accountability, and Representation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Putnam, R.D. (1993) *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton: Princeton University Press.
- Putnam, R. D. (2000) *Bowling Alone. The Collapse and Revival of American Community*. New York: Simon & Schuster.
- Riesman, D. (1961, 1989 rev.) *The Lonely Crowd*. New Haven and London: Yale University Press.
- Riker, W.E. (1982) *Liberalism Against Populism. A Confrontation Between the Theory of Democracy and the Theory of Social Choice*. San Francisco: W.H. Freeman and Company.
- Sartori, G. (1987) *The Theory of Democracy Revisited*. Chatham, N.J.: Chatham House Publishers.
- Schumpeter, A.J. (1942) *Capitalism, Socialism and Democracy*. New York: Harper & Row.
- Shils, E.A. (1956) *The Torment of Secrecy*. London: William Heinemann
- Taggart, P. (2000) *Populism*. Buckingham: Open University Press.
- Taggart, P. (2002) Populism and the Pathology of Representative Politics, in Y. Mény and Y. Surel (eds.), *Democracies and the Populist Challenge*. Houndmills: Palgrave, pp. 62–80.
- Tagle Salas, A. (2004) Il populismo in America Latina: l'esperienza dei caudillos di formazione militare Perón, Velasco Alvarado e Chávez, in "Trasgressioni", January-April, pp. 61–97.
- Taguieff, P.A. (2002) *L'illusion populiste*. Paris: Berg International Editeurs.

Tambini, D. (2001) *Nationalism in Italian Politics. The stories of the Northern League, 1980–2000*. London and New York: Routledge.

Tarchi, M. (2003) *L'Italia populista. Dal qualunquismo ai girotondi*. Bologna: Il Mulino.

Tullio-Altan, C. (1986) *La nostra Italia. Arretratezza socioculturale, clientelismo, trasformismo e ribellismo dall'Unità ad oggi*. Milano: Feltrinelli.

Tullio-Altan, C. (1989) *Populismo e trasformismo. Saggio sulle ideologie politiche italiane*. Milano: Feltrinelli.

Ware, A. (2002) *The United States: Populism as Political Strategy*, in Y. Mény and Y. Surel (eds.), *Democracies and the Populist Challenge*. Houndmills: Palgrave, pp. 101–119.